

Con Betanzos siempre presente

EDUARDO JOSÉ FUENTES ABELEDO*

Nota introductoria

En esta aportación se presentan varios textos escritos por el autor en los últimos meses, tanto en lengua castellana como gallega. Nacieron con la pretensión de comunicar a amigos y amigas ideas, reflexiones, sentimientos, emociones y relatar experiencias de diversa índole. Varios de estos amigos son betanceiros y me han hecho consciente de que en la mayoría, de una u otra forma, se hacía referencia a Betanzos (sus gentes, su patrimonio, su historia, sus paisajes...) y me han instado a que se publiquen en este querido Anuario. Y ha sido sobre todo su director, y entrañable amigo Alfredo Erias, quien ha propiciado que ahora se haga pública una pequeña selección de los mismos a través de este medio. Agradezco a Alfredo su consideración y delicadeza para apreciarlos dignos de que sean aquí presentados.



Caricatura de Eduardo Fuentes. Obra de X.M. Andrade.

AGOSTO

DE LA FELICIDAD

¡Qué agradables se tornan las horas compartiendo mesa y tarde con familiares queridos en casa de amiga común! Los recuerdos de personas amadas, algunas ya desaparecidas, de anécdotas de la infancia, de emociones en espacios compartidos que guardamos como tesoros en nuestra memoria, nos unen, nos hacen cómplices y nuestras miradas, nuestros gestos, se manifiestan abiertos, confiados y sinceros en la tarde gozosa de Agosto. Y surgen las risas, y también algunas lágrimas porque somos conscientes ya de tantas cosas, de tantas satisfacciones, pero también de errores e ilusiones frustradas, del amor de quien nos quiso, y a quien quisimos, pero a quien ya no podemos abrazar, del paso del tiempo.

* Eduardo José Fuentes Abeledo es Profesor Titular de Universidad en el Departamento de Pedagogía y Didáctica de la Universidad de Santiago de Compostela.

Pero el futuro, como se evoca ahora tantas veces, es nuestro. Sí, es nuestro, volveremos a tu mesa -¡gracias, gracias, querida anfitriona! Y volveremos a ser felices en esas horas de la fiesta, ajenos a la malquerencia, al desamor, y a la violencia explícita u oculta; desdeñando el desprecio, la envidia, la amargura y el aburrimiento; en batalla con la infelicidad, la frialdad, el desapego, la indiferencia, la antipatía, la aversión, la malicia, la desatención, la falta de respeto, la humillación, el encono, el rencor, el resentimiento, la venganza, la mala voluntad. Y disfrutaremos de la generosa vianda, del buen vino y del abrazo abierto y afectuoso. Y volveremos a la hospitalidad de Betanzos y sus gentes, mientras nos acaricia la brisa mariñana y se desata la alegría del gentío que disfruta de un día de Caneiros.

ACERCA DE LA ENVIDIA

Hace unas horas he disfrutado de una agradable conversación con un querido amigo de la infancia betanceira al que no veía desde hace tiempo. El encuentro fue casual y pleno de expresiones de afecto sincero y comunicación fluida, espontánea, abierta, auténtica, estimulante y rica de matices. Ni el fragor de la ciudad nos sustrajo del placer de disfrutar de una caña de cerveza en la terraza veraniega, y de abordar varios temas con intercambio de información y pareceres. Uno de los más interesantes resultó ser el de la envidia en las relaciones humanas que provocó en mí algunas reflexiones posteriores de las que me hago eco en este texto.

Ambos amigos coincidimos en que la envidia es siempre insana y que no ha de confundirse con la admiración hacia el otro. Bien es cierto que mi amigo y yo no la definimos en nuestra conversación mañanera, pero creo que ambos compartimos la idea de que se trata de un sentimiento de tristeza por el bien ajeno –bien que puede adoptar múltiples formas: fama, prestigio, buenas relaciones sociales, dinero, por ejemplo-. La envidia dificulta o impide expresiones de gratitud o afecto hace el envidiado, e incluso el irrefrenable impulso de arrebatarse ese bien o de provocarle daño. Esa intención de hacer daño puede ejercerse de muchas y variadas maneras. Por ejemplo, murmurando cosas negativas del envidiado para destruir la imagen positiva que pueda tener ante los demás, desprestigiándolo, empequeñeciendo cualquier mérito o cualidad que pueda reconocerse, poniendo en entredicho cualquier logro, cualquier acción positiva, o atribuyendo éxitos a la casualidad o a los apoyos de otros –económicos, materiales o de otro tipo- y no, por ejemplo al esfuerzo, al sacrificio o al talento del envidiado. También humillándolo con el oculto propósito de que caiga en desgracia, de que se convierta en un desdichado, él, y con el deseo en muchas ocasiones, de que esa caída implique a las personas cercanas a quienes más quiere el envidiado.

La falta de aceptación de sí mismo del envidioso, el deseo de constituirse en el preferido –de los padres, de los amigos, de la comunidad, del entorno profesional- le conduce al displacer, al malestar y al sufrimiento, que se agranda con la presencia del envidiado, que llega a resultarle insoportable, interpretando torcidamente cualquier acción y expresión del mismo.

El envidioso puede llegar a odiar de forma muy radical, un odio que, en realidad, está intrínsecamente unido al odio a sí mismo del propio envidioso que no se acepta. En determinadas circunstancias hace visible ese sentimiento con manifestaciones de hostilidad, de ira, con palabras hirientes e incluso con violencia física, incorporando ofensas de diversa índole. La impotencia y el resentimiento afloran, sin poder controlar la obsesión oculta, revelándose inútil el fingimiento –el envidioso suele procurar que no se

le adjudique mala intención, o incluso en determinados casos, puede llegar a destacar de forma exagerada los méritos del envidiado empujado por el remordimiento-. Aunque esto no se revela siempre así, lo que acontece de forma más habitual es la presencia de multiplicidad de estrategias para destruir la imagen del envidiado, con un afán, en ocasiones obsesivo y empujado por una rabia vengadora, de que el «bueno» ante ojos de otros, el «exitoso», «el que tiene prestigio», sea «desenmascarado» y «caiga en desgracia» ante los demás. Con esta dinámica de relación en la que el envidioso no soporta la imagen que ve de sí mismo a través del envidiado, la comunicación auténtica se vuelve imposible entre ambos, emergiendo el deseo de destrucción del objeto-espejo.

Creo que la primera reflexión sobre la envidia me surgió, siendo muy niño, ante la imagen que reproduzco acompañando este texto. Se encontraba formando parte de las láminas de una colección de «Historia Sagrada» incorporada a un artilugio mecánico que los alumnos podíamos observar en las «Escuelas García Hermanos» de Betanzos en la década de los sesenta del pasado siglo. Láminas y mecanismo todavía se conservan y pueden contemplarse en el Museo de las Mariñas de la villa betanceira. La lámina representaba el momento del asesinato de Abel por su hermano Caín. Acción nefanda que siempre interpreté como consecuencia de la irrefrenable envidia de este último hacia Abel. Pero también siempre pensé que, pese a la muerte de Abel, Caín seguiría sufriendo porque la imagen de su hermano no desaparecía, pues continuaría dentro del propio Caín.

En estos días de zozobra nacional en los que en el ámbito político emerge de continuo un obsesivo afán de buscar solo lo malo en los otros, sin hacer un balance más equilibrado de aspectos negativos y positivos, quizás convenga reflexionar sobre las actitudes cainitas que tanto daño provocan, y tan terribles consecuencias tuvieron en nuestra trágica historia del siglo XX. Y, en relación con ámbitos más personales, examinar con sentido crítico la presencia de la envidia en nuestro propio contexto, en nuestra propia realidad.

A mi amigo, cuando disfrutemos del paseo en su barca por la hermosa ría de Betanzos que él me ha prometido, voy a proponerle un tema de conversación que tenga que ver con las emociones y sentimientos positivos. Así compensamos.

¡FORZA DÉPOR!

(En recuerdo de José Luis Pandelo Carro, amigo betanceiro, siempre en el corazón)

Desde hace tres temporadas asisto a los partidos del Deportivo de A Coruña en el estadio de Riazor. Durante el resto de mi vida jugué al fútbol, ahora sólo observo el juego como espectador. Al fin y al cabo el fútbol es, ante todo, un juego que nos devuelve a ese lado lúdico de la vida que nunca deberíamos abandonar. También me atrae por lo que implica de esfuerzo colectivo, de entrega y compañerismo, de aceptación –y superación– del fracaso, y de alegría en el triunfo –¡qué momento mágico, vivido desde niño, cuando sucede el milagro del gol!-. Ahora, me detengo también en comprender a fondo las tácticas desplegadas, además de observar con atención las filigranas, destrezas, malabarismos y astucias de unos y de otros. Disfruto cuando brota el buen fútbol, y me levanto del asiento y grito alborozado cuando el Dépor marca un gol.

El viernes pasado, durante el primer partido de esta liga 2016-17, los dos goles deportivistas fueron marcados por jugadores coruñeses (Pedro Mosquera y Lucas Pérez). Leo en la prensa que es preciso remontarse a septiembre de 1971 para recordar algo semejante. Fue en un partido ante el Córdoba en el que Manuel Ríos Quintanilla («Manolete»), y Antonio Eduardo López («Beci»), dos coruñeses también, marcaron un



Equipo juvenil del R.C. Deportivo de A Coruña en la temporada 1975-76.

Fila superior y de izquierda a derecha: Campos, Guillermo Santamaría Núñez, Tasende, Manolete (entrenador), Bulnes, Novás, Pardo, Manuel Diz. Fila inferior y de izquierda a derecha: Luis Ucha (Ayudante del entrenador), Losada, José Luis Pandelo Carro, Eduardo J. Fuentes Abeledo, Pan, Cambón, Fernando y Serafín.

gol cada uno. Junto con el gol del alicantino Cervera, ambos tantos sirvieron para salir victoriosos de la contienda (3-2 fue el resultado final). Manolete, un buen jugador que llegó a la selección nacional y a militar en otros equipos importantes como el Valencia, marcó aquel día de cabeza.

Al leer la prensa con comentarios de aquellos dos jugadores de los años sesenta y setenta del pasado siglo, los recuerdos afloran. Aún retumban en mi cabeza los gritos de Manolete cuando, pocos años después de aquel partido con el Córdoba en Riazor, como entrenador de uno de los equipos de juveniles del Deportivo en el que milité en la temporada 2015-16, me gritaba en un partido: «Recule Abeledo, recule». También mi extrañeza ante su interés, cuando nos desplazábamos en autobús, por saber en qué libro de lectura andaba enfrascado. Aún recuerdo su sorpresa por el título de la obra que me acompañó en uno de los desplazamientos. Se trataba de las memorias de Pablo Neruda («Confieso que he vivido»), publicadas en 1974 por Seix Barral, y que comprara en la Librería Arenas, en una tarde de entrenamiento en que me acerqué antes del comienzo por el local ubicado en los Cantones de la ciudad coruñesa. Al reencontrarlo ahora en mi biblioteca, evoco las emociones de las primeras páginas al viajar, de la mano del escritor, a tierras del Sur de América: «COMENZARÉ POR DECIR, sobre los días y años de mi infancia, que mi único personaje inolvidable fue la lluvia. La gran lluvia austral que cae como una catarata del Polo, desde los cielos del Cabo de Hornos hasta la frontera».

Mi sorpresa es que entre dos páginas del libro he encontrado un pequeño billete de autobús de color naranja en el que están impresas varias frases y números: «Empresa <<El Oriente>>. Nº 60176. Línea Coruña-Betanzos. Serie E. 23 Ptas. Billete a presentar a petición de cualquier empleado». Claro, corresponde a uno de esos días de partido de fin de semana en que yo aprovechaba el lento traslado desde Betanzos a A Coruña para leer.

Sí, yo también, como Neruda, «confieso que he vivido» y que en aquella época fecunda de mi adolescencia, pasaba de las emociones poéticas, a luchar denodadamente por ganar el partido con mi Dépor, en compañía de los queridos amigos betanceiros Guillermo Santamariña Núñez y José Luis Pandelo Carro, también fichados por el equipo de la capital, y de otros jugadores venidos de diferentes lugares de la provincia, pero sobre todo de la ciudad herculina. Como ayudante del entrenador, contábamos con Luis Ucha, siempre pendiente de nuestras necesidades. Desde Betanzos, viajábamos un día para entrenar y luego, durante la temporada, a jugar los partidos de liga los fines de semana. Entrenábamos en aquel legendario campo de «Maratón», tras el estadio, hoy ya desaparecido. Y los días de partido, nos conjurábamos en el vestuario, vestíamos «medias» azules hasta la rodilla, sin sonrojo, y calzábamos botas negras con «tacos». Ya no éramos nosotros quienes «montábamos» el equipo –como aquel glorioso «Cruz Verde», o el recordado «Santo Domingo», ambos de Betanzos-. Estábamos integrados en el histórico Dépor, y hasta teníamos carnet de jugador para entrar gratis a los partidos del equipo profesional con el que, alguna vez, también entrenamos.

Hace unas semanas me encontré en A Coruña con Luis Ucha, ayudante del entrenador Manolete en el equipo juvenil de aquella época. Hacía tiempo que me prometiera bucear en sus archivos por si encontraba una foto de aquel cuadro de juveniles en el que militáramos los tres amigos betanceiros junto a otros queridos compañeros. Y hace unas semanas me ha regalado un pequeño tesoro: dos fotografías de aquel equipo del Deportivo de A Coruña en el que jugamos. Una de esas fotografías acompaña este texto. Sirva este escrito como un homenaje al fútbol, un deporte que tantos aprendizajes y amistades proporcionó a mi padre –portero en el Sada, entre otros equipos- y a mí, y a tantos otros y que hoy, sobre todo a ciertos niveles, desgraciadamente se mueve por derroteros a veces escasamente deportivos y respetables. Aún así, el fútbol me atrae, y aunque hace pocos años he dejado de practicarlo, comparto emociones con otros seguidores y seguidoras blanquiazules en las bancadas de Riazor. Por ello en cada partido, absorto ahora en la observación del juego, y comunicándome con quien comparto amores, alzo mi voz y grito: ¡¡FORZA DÉPOR!!

SEPTIEMBRE

COA MIÑA NAI POLOS CAMIÑOS DE VIUXE

No tempo sen luz, de dor e sufrimento, da man nos fomos polos camiños de Viuxe. E chegamos ó pozo de auga fresca, e subimos ás fermosas cerdeiras da infancia, e oímos a luz na noite estrelada.

Meu pai levouna ao Salón do Liceo, onde a festa de Betanzos. E bailaron de novo, moi ledos, como todos os días aqueles.



Elena Abeledo y Juan Fuentes, bailando en el salón del antiguo Liceo.

Agora, cada mañá, el murmúrame por teléfono: «vou onde están as bolboretas da man amiga, e o meu amor». E cóntame, despois, que oe a luz nos ollos de Elena, aquela luz de Viuxe.

CARTAA ROSA MONTERO: CONFESIONES SOBRE LA CARNE, Y EL TIEMPO.

Corría 1975 y se escapaban mis quince años adolescentes. Poco después se publicaba el primer número de «El País» y tú, nueve años mayor que yo, ya formabas parte de la redacción del periódico que acompañó tanto tiempo mi formación intelectual, y hasta sentimental, y la de tantos españoles de ese tiempo de cambio, lucha y esperanza.

En 1979, publicaste tu primera novela madrileña y la devoré en el autobús entre Betanzos y A Coruña, en el finisterre atlántico en donde también surgían aires de cambio –la «movida» también eclosionó aquí, aunque un poco más tarde, con sus explosiones de rebeldía juvenil, de esplendores y también de desquicies, y algunos desastres-.

Buscábamos un orden nuevo, en todos los órdenes. Un impulso que se percibía ya unos años antes, con fuerza inusitada en algunos ambientes, como los de aquel Madrid que conocí de cerca un verano del 75 acogido en casa de mis queridos tíos Maruja y Primi, y de la mano de mi primo y su pandilla de amigos y amigas por los ambientes libertarios de Cuatro Caminos –¡qué cañitas refrescantes en aquel axifisante verano meseteño, y qué boquerones deliciosos nos tomábamos por las cafeterías del barrio!-. En la librería «Fuentetaja», nos saciábamos de libertad en una época en que los ataques, también físicos, a los espacios y a personas relacionadas con la cultura eran moneda corriente –la terrible lucha entre tradición ilustrada y fascismo, en aquel tiempo, en nuestro país, manifestación también de la lucha entre involucionistas frente a demócratas, reformistas y radicales-.

Algunas mañanas, muy temprano, me escapaba a explorar en soledad la pinacoteca del Prado o el increíble «Museo de Ciencias Naturales». Por las tardes, acompañado de la música de Aute, me sumergía en la lectura. A la noche, descubrir el mundo con la pandilla de mi primo se convirtió en una aventura apasionante, penetrando en recodos inexplorados del alma y del cuerpo, en algunos rincones escondidos de aquel expectante y en ocasiones atrevido Madrid de mediados de los setenta. Otros días, más sosegados, conversaba con mis tíos y mi primo, esperando que el calor disminuyese en aquel espacio de antigua corrala, minúsculo y entrañable reducto, maravilloso refugio de tantas y tantos en la capital, acogedor de naufragios familiares en las tierras del norte y posibilitador de curas, proyectos e ilusiones, de esperanza.

Y, como te decía, conocedor de aquel Madrid, todavía en la dictadura, en el que tú creciste e iniciaste tu estelar carrera como periodista y novelista, ¡cómo comprendí lo que reflejaste en aquella iniciática «Crónica del desamor»!. Aquel retrato de una época de cambios, de crisis, tensiones y desazón, e ilusiones, y que tú quisiste centrar en un puñado de mujeres que buscaban el sentido de la vida intentando liberarse de corsés sociales y empoderarse de su propio cuerpo, de decidir qué hacer con sus relaciones con los otros, qué hacer con sus relaciones sentimentales, de sentirse libres para explorar su sexualidad en un contexto de derechos y libertades limitadas, de convencionalismos casi siempre axfisiantes. Te hiciste cronista de aquellos amores que solían desembocar en la frustración, en el dolor, en la tristeza, en el «desamor», en el extrañamiento con el otro, en la infelicidad, en la soledad. Pero también, de la reflexión sobre la lectura, cabía pensar en abrirse a la esperanza, de rebelarse contra ese desamor, de huir de la rutina y correr libre por el camino del encuentro gozoso para reencontrarse con uno mismo, con el otro o los



Rosa Montero y Eduardo Fuentes el día de la presentación de «La Carne» en A Coruña.

otros, de entrar de la mano de la ternura y el cariño, de la eclosión de la vida llena de sentido, afecto y disfrute carnal y espiritual. O, cuando menos, así quise interpretar tu «Crónica del desamor». Y por ello, se la regalé a personas amigas. Este jueves pasado, he comprado en la librería «Arenas» de A Coruña tu último libro. El último libro de Rosa Montero: «La Carne» (Editorial Alfaguara). Confieso que no he podido abandonar la lectura hasta terminarlo ayer por la noche. Y tantos años después de «Crónicas del desamor», decides que el personaje principal tenga sesenta años y lo bautizas con el nombre de «Soledad». Tengo que confesarte que pensé inmediatamente en la «soledad» de las mujeres de tus «Crónicas». Y Soledad, tampoco está contenta con su vida y, además, ¡es consciente ya de tantas cosas a sus sesenta años! Y, a la vez, sigue ilusionándose, luchando contra los ataques del tiempo. El goce sexual y la comunicación íntima, la búsqueda del amor, constituyen un deseo permanente en su vida aunque ya adviertes en el primer párrafo del libro que:

«La vida es un pequeño espacio de luz entre dos nostalgias: la de lo que aún no has vivido y la de lo que ya no vas a poder vivir. Y el momento justo de la acción es tan confuso, tan resbaladizo y tan efímero que lo desperdicias mirando con aturdimiento alrededor» (p. 9)

Y, como anuncias en el título del libro, te centras en ella, en «la carne», en todas sus dimensiones y expresiones. Comparto tu convicción. Sí, la carne nos determina mucho, la carne se nos va deteriorando con el paso del tiempo, pero ¡nos permite gozar tanto! ¡

Disfrutamos tanto cuando encontramos con quien compartir espacios de ternura, de cariño, de sensualidad y sexo! ¡Y qué animales tristes nos volvemos cuando no nos sentimos acogidos, queridos y no podemos, sabemos o queremos dar y ofrecer! ¡Qué dolor, qué daño, o qué goce y qué maravilla! ¡Y qué tormento, y miedo, y desesperación si, cuando nos hacemos mayores y, conscientes de que la vejez acecha, y la muerte, se constata que hay vacíos, y que hay cosas que va a ser difícil, o imposible, poder vivir, cuando son tan importantes en la vida que la vale la pena vivir! ¡Pero, qué alegría cuando aparece la luz, aunque sea fugaz, y se vive—cuando estalla un «escándalo de miel» como exclama Gioconda Belli-, tocando la gloria, con pasión, con entrega, dando sentido a la existencia en dimensiones trascendentales, abriéndose al otro, y al mundo, a la libertad y a la alegría!.

En unas declaraciones recientes sobre «La carne» dices que no entiendes como a nadie se le ha ocurrido antes un título así. Vale la pena leer el libro «El tiempo y la carne» del poeta ourensano Tito Suárez Pérez:

«Un BESO en la frente, de la frente al pecho,
del pecho al vientre, del vientre a tus muslos y pies,
y de los pies... a la tierra, al agua de mi sed».

«VERDE, TU SANGRE. Tierra, tu cuerpo. Rojos, los ojos. Aire, tu carne. Tus hijos, tú... el tiempo».

«EN LA OFRENDA de cada día, en una mirada
o la sonrisa, cuando nos hiere la vida o es lo que
queremos... tu silencio es el eco de la alegría».

«EN ELLA me suspendo y me consuelo; le da aliento
a mis días, y a la muerte, veneno; lo más grueso con
ella se calma, lo más ligero se envuelve.
Tu risa hace que me tome la vida en serio».

O también, recordando ese primer párrafo de tu libro, releer los versos de la poeta dominicana Deidamia Galán:

Proceso de cura
Hoy volví a pensar en ti.
Es difícil después de todo:
las calles que te muestran
rebosante de sonrisas
con tu acento impregnado
en el mismo centro de mis cejas.
Y yo, que finalmente opté por olvidarte,
me he echado encima la peor tarea.
He mentido muchas veces cuando escribo,
también a veces imagino cosas
(al final la memoria me traiciona
y por eso la fecha en las fotos

en los poemas, las agendas...)
... pero no pueden ser mentira los sudores
y las risas contigo,
comiendo juntos,
durmiendo juntos,
Pidiéndote que ya no más
cuando lo que quería era que te quedaras
para siempre».

Este jueves recibimos tu visita en la ciudad atlántica. Acudiré para escucharte, Rosa, y seguir pensando en «la carne», y el tiempo. Pero, confieso, no creo que me atreva a preguntarte nada en público, tanto tiempo después de las «Crónicas del desamor», de aquel Madrid de represión y mentiras, pero de ilusión y enormes esperanzas, huyendo de los miedos, y ya con tanto tiempo transcurrido, con alegrías, pero también con frustraciones en el alma y el cuerpo, consciente de la trascendencia de «la carne», y del paso del tiempo, y sus consecuencias*.

OCTUBRE

FUE AYER, EN BETANZOS, CON AMIGOS DEL SESENTA

Con tantas cosas ya en la mochila del tiempo, la alegría del encuentro en esa «Casilla» de la nostalgia, subiendo por aquella «carretera de Castilla». Y observas y experimentas el abrazo afectuoso y reconfortante, el reconocimiento y afecto mutuos, la complicidad. Con el deseo de compartir, con la sonrisa amplia, auténtica, fluye el diálogo sobre los recuerdos del ayer y las perplejidades, los gozos y las sombras del presente y la esperanza del bienestar futuro. Y en otro espacio betanceiro, ya casi mítico también, estalla de nuevo la alegría mientras se tararean las canciones de siempre, las melodías que acompañaron nuestra infancia y juventud compartidas, con letras que repetimos de memoria mientras bailamos y nos miramos, comprendiéndonos, y queriéndonos. Gracias, amigas y amigos de la generación del sesenta por hacer posible la preservación de este tesoro en nuestras vidas.

* La escritora nicaragüense Gioconda Belli publicó «Escándalo de miel» en 2011, en Barcelona, en la editorial Seix Barral. En la primera página del libro cita unas palabras de César Vallejo:

«Oh, escándalo de miel de los
Crepúsculos.
Oh estruendo mudo.
Y hembra es el alma mía».

El poeta ourensano Tito Suárez Pérez publicó el año 2012 en «Euraces Editora» (de O Puleiro, Celeiros -Chandrexa de Queixa, Ourense-), su libro de poesía «El tiempo y la carne». En las páginas 20, 21 y 23 aparecen los versos que he reproducido en el texto.

En su primer libro la dominicana Deidama Galán publicó en Santo Domingo (República Dominicana) poemas bajo el título «De ciudades y nostalgias». En esa ciudad que me sabe a azúcar moreno, la editorial Santuario en 2011 se hizo eco de sus palabras. En la página 40 de la obra aparece el poema «Proceso de cura» que reproduce en líneas anteriores.



Grupo de betanceiros nacidos en 1960, celebrando su encuentro anual.

NOVIEMBRE

EL TÍO PEPE

Mi tío Pepe Espiño era una persona discreta, prudente, cortés, educada. Siempre dispuesto para colaborar con los suyos, no dudó en emplear su tiempo en enseñarme a «escribir a máquina» en aquella «Hermes Baby» moderna, portátil, que mi padre comprara en el establecimiento del Señor Cardelle, muy cerca de casa, en nuestro Valdoncele. ¡Cómo llamaba la atención aquella máquina de color naranja entre las omnipresentes «Olivetti» de gris y negro! En pocas semanas mi tío Pepe, paciente con mi inquietud de los ocho años, me dejó preparado para que practicara el tecleo copiando los libros que yo iba comprando con los ahorros de los domingos, peseta a peseta: «La Vuelta al mundo en ochenta días», «Miguel Strogoff», «Un capitán de quince años» ...

Fue mi tío Pepe quien me instó a adquirir algunos buenos hábitos de higiene dental todavía poco asentados en aquellos años sesenta de mi infancia, y una de las personas que me estimuló para reflexionar sobre buenas costumbres y forjar mi carácter.

El tío Pepe estaba suscrito al «Readers Digest» y, cuando me acercaba por su casa, mientras la tía Marisa me obsequiaba con el exquisito jamón curado en las tierras de sus suegros de Queirís, yo disfrutaba leyendo las páginas de aquella revista y comentaba con el tío algunos artículos. En la época del servicio militar, el tío Pepe se preocupó por mi destino e incluso me visitó en León aquel año de tareas en el ejército, primero en el Campamento de «El Ferral del Bernesga» y después en las oficinas del Gobierno Militar.

Muy respetuoso con los demás, odiaba los chismorreos y habladurías. No era hombre de comidillas, maledicencias ni murmuraciones. Le gustaba aportar al bien común pero sin



Lidia y Santi González con Eduardo Fuentes descubriendo el lavadero público de los hermanos García Naveira.

protagonismos. Consciente de la finitud de todo ser humano deseaba, cuando llegase la hora de partir, hacerlo con discreción. Y así se fue, silenciosamente, dejando tras de sí un ejemplo de fortaleza, de reciedumbre sin aspavientos, de comportamientos y actitudes de buena convivencia y solidaridad.

Siempre quise mucho a mi tío Pepe, siempre fue un referente vital. Y hoy, en la vorágine de este tiempo convulso y de vidas agitadas, aceleradas, recuerdo su paciencia para colocar mis dedos infantiles en aquella hermosa «máquina de escribir», sus consejos, sus cuidados con mi abuela Antonia, su delicadeza y sensibilidad con los familiares, su apoyo y su oposición frontal a la crítica perversa y dañina hacia el otro, a la murmuración y descrédito de los demás.

Descanse en paz mi querido tío Pepe Espiño.

DICIEMBRE

CUÉNTAME CÓMO TE HA IDO

¿Con qué sonrisa te recibe la mañana?

¿Qué mirada inunda de vida tus ojos?

¿Qué palabras llenan tus días?

¿Qué silencios enriquecen tu alma?

¿Qué caricias despiertan tu calidez?

¿Qué sonidos alimentan tu sosiego?

¿Cómo te acoge el manto de la noche?

TOCA

No dejes pasar la oportunidad de abrazar a quien quieres.
Entre otras cosas, algún día, ya no podrás hacerlo.

ENERO

CONTRA O ESQUECEMENTO: BELEZA, HARMONÍA E MEMORIA

Todo foi fácil, fermoso, auténtico.

Despois de observar a coqueta ponte das Cascas e rozar coas mans o granito do vello escudo betanceiro, avanzaban collidos da man, a piques de pisar o prado no que as lavadeiras, dende principios do século XX, botaban a clarear e secar sabas e roupa.

O home preguntoulles como facían eles para lavar a camiseta, o calzón ... Os nenos responderon que usando a lavadora.

E como farían nos tempos en que aínda non se contaba con esa máquina?

O home lembrou cando, de neno, chegou á súa casa familiar, no Valdoncel, a primeira daquelas lavadoras. Os pais dos raparigos lembraron que nas súas terras do interior onde moran, alá nas aldeas da infancia, á beira dos ríos cantareiros, nunha humilde regata, ou nos pilóns, as esforzadas mulleres fregaban con xabón, batían e torcían as roupas sucias.

Atrevéronse, e penetraron con devoción e afán de novos descubrimentos naquel alto edificio. «LAVADERO GRATUITO», anunciábase en letras maiúsculas na fachada. Que raro!

E descubriron outro espazo da memoria no segundo día de aventura por Betanzos. Naquel lugar, bañado polas augas do agarimoso Mendo, toparon o refuxio cuberto das lavadeiras, aquel agasallo dos benfeitores irmáns García Naveira no 1902.

No interior pecharon os ollos e escoitaron a música do río e o eco das mulleres mentres batían a roupa nas lousas de granito dalgunha das dúas filas de lavadeiros de diferente altura. Elas lavaban a roupa das súas casas, pero moitas tamén traballaban para casas acomodadas da vila aportando dese xeito á pobre economía familiar.

Tamén imaxinaron as súas risas e conversas cómplices á hora de poñer o tendal ou de recoller e dobrar. E pensaron naquelas mulleres traballadoras quentando o almorzo e escorrentando a friaxe na lareira do baixo, e paseando con coidado na planta do tendal.

Foi este frío sábado, con quentura de corazón. Instantes de beleza, harmonía e memoria! En Betanzos.

INSTANTES PARA RESISTIR

Facía frío na tarde de inverno. Alí estábamos, a carón da humilde igrexa da aldea, os tres amigos, corenta anos despois. Acompañamos na última viaxe a María e, de pé, seguimos conversando longo. Eu lembraba como ela, sentada na vella banquetta de madeira, coas súas mans de nai, creaba aqueles queixos brancos, branquísimos. O fillo, con mirada profunda, contou como mais dunha vez tivo que rescatala durmida, dobrada pola canseira, mentres a aboa, cega e encamada dende había tempo, resistía acubillando aos pequenos para darlles calor. Eran tempos difíciles para saír adiante.

El marchou á casa familiar, para acompañar aos seus. E nós, noutra aldea de infancia, refuxiámonos no caldo e continuamos a recoñecernos naqueles adolescentes cheos de preguntas, de ilusións, e de incertezas. E saímos reconfortados a facer o camiño por Presedo, aquel mesmo camiño que andabamos nas noites de agosto hai mais de corenta anos. Pescudando o ceo, como faciamos entón, apareceu unha daquelas estrelas que iluminaba a noite. Mirámonos, e sorrimos á vida, acompañándonos.



Eduardo Fuentes y Alfredo Erias en Presedo
(Mesón-Museo Xente no Camiño).

MARZO

BELLEZA ALATARDECER

Desde niño me gustaron muchas tardes de diario en las calles de mi pueblo.

Tardes de observación, silencio, paseos y belleza en el norte atlántico.

«Observa, observa en las calles, durante el crepúsculo de un día nublado, la belleza y la ternura desparramadas por los rostros de hombres y mujeres» (Leonardo da Vinci).

BERRO DE SILENCIO NA CIDADE

Na tarde de domingo acolleume o silencio na cidade onde agora habito.

Foi no adro alto, alí onde as rúas estreitas de lousa antiga.

E sentinme lonxe, moi lonxe de tanta canseira estéril, de tanto balbordo desconcertante.

Acudide, acudide pronto á cidade de pedra vella e sabia!

As portas están abertas.

A todos, que amades eses doces silencios e o ar mareiro que acompaña.

CON MIGUEL HERNÁNDEZ, AYER, ESTA TARDE Y SIEMPRE

Fue un sábado de marzo, poco tiempo después de morir el dictador. Por la mañana, temprano, me acercara a la entrañable «Papelería Lugami» de Betanzos con los ahorros de las últimas semanas. En un expositor descubrí un libro en cuya portada aparecía el rostro de un hombre con unos ojos grandes y mirada penetrante, transparente, bondadosa. No lo pensé más. La obra acababa de publicarse en la Editorial Plaza y Janés: «Miguel Hernández. Poemas».

Y retorné, contento y anhelante, al nido alegre, acogedor y lleno de vida que mis padres construyeran en la calle Valdoncel.

Mi madre llenaba de luz y sosiego la estrecha y pequeña estancia de la cocina, en la que yo pasaba tantas tardes, junto a la ventana, estudiando con los libros y cuadernos sobre la pequeña mesa verde, metálica y plegable que mi padre comprara en Madrid y que en verano usábamos para comer en la playa.

Aquel día, mientras mamá preparaba el cocido, abrí el ejemplar y comencé la lectura por los últimos versos. Quedé deslumbrado. Me movía por la cocina y salía al pasillo mientras caminaba sin parar y pronunciaba en voz alta las palabras del poeta para que volasen libres y las escuchase mi madre. Recuerdo el primer poema que encontré al abrir el libro y que ahora releo conmovido al encontrar el ejemplar en mi biblioteca, ya con las hojas amarillentas y apergaminadas:

«Vuelo.
 Sólo quien ama vuela. Pero ¿quién ama tanto
 que sea como el pájaro más leve y fugitivo?
 Hundiendo va este odio reinante todo cuanto
 quisiera remontarse directamente vivo.
 Amar... Pero ¿quién ama? Volar... Pero ¿quién
 vuela?
 Conquistaré el azul ávido de plumaje,
 pero el amor, abajo siempre, se desconsuela
 de no encontrar las alas que dan cierto coraje.
 Un ser ardiente, claro de deseos, alado,
 quiso ascender, tener la libertad por nido.
 Quiso olvidar que el hombre se aleja encadenado.
 Donde faltaban plumas puso valor y olvido.
 Iba tan alto a veces, que le resplandecía
 sobre la piel el cielo, bajo la piel el ave.
 Ser que te confundiste con una alondra un día,
 te desplomaste otro como el granizo grave
 (...)).»

Y supe que Miguel Hernández se desplomara definitivamente en 1942, a los 31 años, abandonado a su suerte, vomitando sangre, en la cárcel, como tantos otros prisioneros enfermos y perseguidos por el franquismo. Nada decía de esto mi libro de «Literatura» de ese curso escolar -sexto de Bachillerato- aunque, léase con atención, sí comentaba aquel manual que con el escritor de Orihuela «la poesía española da un giro polar y adquiere el rumbo que hoy lleva» (Calderón y Carreter, 1975, p. 365). No entendí el uso de la palabra «polar».

En las clases del Instituto no pude aclarar nada, pues no llegamos al penúltimo Capítulo en el que se abordaba la «Generación del 27». Tampoco me atreví a preguntar a la profesora si podía tratarse de un error, intencionado o no. Quizás quisiera decirse «popular» pues percibía en algunos poemas la unión y el amor hacia lo vivido, lo cercano de su mundo, de

su tierra alicantina (la higuera, las norias, los pozos, el hortelano, el cabrero, el niño yuntero...), y también ponía en verso el «viento del pueblo» («... Entregad al trabajo, compañeros, las fuentes:/que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,/con sus lentos diluvios, os hará transparentes,/ venturosos, iguales»).

Fue unos meses después, en Madrid, en la Librería «Fuentetaja», cuando supe de la vida del poeta, y de su tristeza y desconsuelo en la cárcel, alejado de su amada Josefina y de su hijo.

El eco de muchos de los versos, llenos de pasión y fuego, de encuentro gozoso de cuerpos, resonaban en mi corazón adolescente con fuerza y luminosidad cargada de ternura, lejos de resonancias gélidas. El poeta, incluso sufriendo mucho encarcelado, mantiene la esperanza de que recuperará el tiempo del amor.

«Canción última.
 Pintada, no vacía:
 pintada está mi casa
 del color de las grandes
 pasiones y desgracias.
 Regresará del llanto
 adonde fue llevada
 con su desierta mesa,
 con su ruिनosa cama.
 Florecerán los besos
 sobre las almohadas.
 Y en torno de los cuerpos
 elevará la sábana
 su intensa enredadera
 nocturna, perfumada.
 El odio se amortigua
 detrás de la ventana.
 Será la garra suave.
 Dejadme la esperanza».

Aquel verano de 1976 me estremecí pensando en el poeta y en su intenso dolor del alma y del cuerpo en los años de prisión. De la soledad, pobreza y enfermedad de tantos días, ya terminada la guerra incivil. A su esposa ni siquiera le permitieron velar el cadáver de su amado. Y pensé en tantas heridas: la del amor, la de la muerte, la de la vida. Como escribió Miguel Hernández:

«Llegó con tres heridas.
 Llegó con tres heridas:
 la del amor,
 la de la muerte,
 la de la vida.
 Con tres heridas viene:
 la de la vida,
 la del amor,



Portal del edificio de Valdoncel 16, evocado en el texto.

la de la muerte.
Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor».

Miguel Hernández murió hace hoy 75 años rodeado del calor y el respeto de sus compañeros de prisión, roto por no poder hacer realidad sus esperanzas, sus sueños, aquellos sueños que expresó en palabras dirigidas a su amada: «Me paso las horas muertas pensando en ese hijo y en ese

porvenir que hemos de traerle, tú con tus cuidados, yo con mis esfuerzos. Quiero un porvenir hermoso para nuestro hijo».

Pero la luz del poeta no se apaga. Leo a Miguel Hernández esta tarde, tantos años después de aquel invierno de 1976 en la cocina de la calle Valdoncel de Betanzos, y escucho, mientras miro el océano, los discos de Joan Manuel Serrat y Paco Ibáñez dedicados al poeta. Y el 20 de Abril, en el teatro Jofre de Ferrol, le pediré al segundo de los cantautores que nos recuerde sus poesías. Y volveré a pensar, como Miguel Hernandez en este país nuestro, y en nuestro mundo, perplejo de dudas, con odios florecientes, ausencia de diálogo, dientes que se afilan y sonrisas que desfallecen, una vez más.

«Tristes guerras.
Tristes guerras si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.
Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.
Tristes hombres si no mueren de amores.
Tristes, tristes»

Desde este balcón atlántico, quiero recordar también las palabras de Vicente Aleixandre pronunciadas ante la tumba del poeta de Orihuela:

«Tú, el más puro y verdadero,
Tú el más real de todos,

Tú el no desaparecido»*

* Referencias.

·Hernández, Miguel (1975). Poemas. Barcelona: Plaza y Janés.

·Correa Calderón, E. y Lázaro Carreter, F. (1975). Curso de Literatura. 6º de Bachillerato. Salamanca: Ediciones Anaya.

·Hernández, Miguel (1979). Poesías completas. Madrid: Aguilar.



En los jardines del Pazo de Mariñán.

ABRIL

AMANECIÓ TU PRIMAVERA

Buscas el aire, la luz..., el agua pura de la fuente anhelada. Más sólo bebes polvo y ceniza, ¡tantos días! No, ellos nunca apagaron tu herida.

Ayer, con las campanas soñadas tan cerca, brotó el agua clara y el sol inundó de abril las horas enteras. Sí, ayer amaneció tu primavera.

EN EL PORTAL DE VALDONCEL 16, BETANZOS

Retorno en la silenciosa tarde de abril al portal del Vandoncel 16, aquel regazo acogedor de castaño, vidrio y mármol en la memoria de la infancia. En ese espacio oigo la hermosura insustituible del fragor de la infancia. Vuelvo al tiempo de bullicio entre juegos con los amigos y las amigas de siempre. ¡Aquella concentración para no fallar mientras agitamos las cartas de las «familias del mundo»! Decíme, ¿quién se enamorara de la joven bantú?; ¿quién se atrevió con las inyecciones en el aprendizaje del cuerpo?; ¿qué comprendimos al identificar los cartones del «buen comportamiento»? En aquel espacio del Valdoncelel también fuimos aprendiendo a ganar y a perder, a reír y a llorar, a conocernos y a conocer a los demás, a querer y sufrir.

Aquel portal fue laboratorio, patio común y refugio. Corríamos a recogernos con nuestros enseres y mercancías si aparecía la nube llorona. Nadie deseaba desperdiciar los tesoros con los que mercadeábamos en la acera. A nuestros mostradores de cajas de cartón volvían tras el intempestivo chaparrón.

En él también encontró refugio mi bicicleta adorada con la que volaba a Miño, el Pedrido, Gandarío, Mariñán, a tierras de Viuxe, de Abegondo... Aquella bicicleta amarilla, preciosa como el oro, que un día desapareció y recuperé semanas después del robo, mudada de color.



En Espenuca.

Hoy recuerdo ese portal, esa entrada a nuestro íntimo rincón de magia, sueños y alegría compartida con los seres queridos que nos acompañan siempre.

Salvemos también del olvido nuestros espacios hermosos.

EN MARIÑÁN

Fue en aquella tarde juvenil, junto al embarcadero del pazo. Con brisa de ría mariñana, Betanzos al fondo, pensé en mis días futuros leyendo a Cernuda («gozar sin remordimientos», escribiera el poeta). A él retorné con esta luz de generosa primavera, tantos años después.

«Hay destinos humanos ligados con un lugar o paisaje. Allí en aquel jardín, sentado al borde de una fuente, soñaste un día la vida como embeleso inagotable. La amplitud del cielo te acuciaba a la acción; el alentar de las flores, las hojas y las aguas, a gozar sin remordimientos.

Más tarde habías de comprender que ni la acción ni el goce podrías vivirlos con la perfección que tenían tus sueños al borde de la fuente. Y el día que comprendiste esa triste verdad, aunque estabas lejos y en tierra extraña, deseaste volver a aquel jardín y sentarte de nuevo al borde de la fuente, para soñar otra vez la juventud pasada»*.

MAYO

ESPENUCA

He vuelto, con mano amiga que sabe escuchar mi corazón.

De aquella tarde de infancia resuenan las voces alegres de mis hermanas, mis tías Marisa y Pila, del tío Pepe, el tío Quique, Rocío, Quiquiño, la abuela Antonia, el abuelo Abeledo, de mamá y papá ... Era hora de merienda.

Allá abajo Chelo, escondido entre el verdor tan amado. Rincones con blanco de espuma entre la inmensidad pétrea y poderosa.

En lo más alto sonó la campana, y el viento silbó con fuerza después de tanta ausencia.

¡Ah, Espenuca! Bebimos de nuevo en tu ancestral magia y relampagueó con fuerza tu íntima luz, esa claridad que viene de tan lejos.

* Cernuda, L. (1977). *Ocnos seguido de Variaciones sobre tema mexicano*. Madrid: Taurus. El fragmento pertenece a «Jardín antiguo», texto integrado en esta joya de prosa poética del escritor sevillano (nacido en 1902 y muerto en el exilio en 1963). La obra tuvo su primera edición en 1942.